

Poemas *

Otros cantos

Si me tiendo sobre la tierra ¿oiré
los gemidos de la que está en el fondo,
los pasos que se arrastran en los fríos corredores
o tropiezan huyendo por los barrios sin nadie?

Conservo en la cabeza visiones de vías nocturnas,
de cuartos, de entremezclados rostros
mucho más numerosos que el follaje en verano
y ellos mismos colmados de imágenes, ideas
—algo así como un laberinto de espejos
mal alumbrado por difusas lámparas—,
también yo en las ferias de antaño
he pensado en buscar la salida,
también me consumí junto a los cuerpos.
Plena está mi cabeza de brillos y reflejos
en los rápidos de un río tenebroso
y en sus bordes me acuerdo de bocas incansables—

para mí todo ello ahora está enterrado
y mi oreja pegada a la hierba lo escucha
a través del tronar de su propio pavor
y el chirrido de insectos, quién gime—
dadle el nombre que os plazca, pero se encuentra ahí,
seguro, ella está a oscuras, allá al fondo, y solloza.

* La poesía de Philippe Jaccottet ha sido editada en Gallimard, París.

Detente, niño: no se hicieron tus ojos para esto,
ciérralos un instante y hazte el ciego
¡Oh, no sepas aún y que tus ojos
continúen igual que el cielo cándido!

Junta las aves y la luz
todavía un instante,
tú que creces lo mismo que un vibrante temblor

o retrocede —si no deseas aullar de miedo
bajo el arpón.

Escribe rápido este libro, remata hoy pronto este poema
antes de que tu propia duda te atrape,
la nube de preguntas que te extravía y confunde
o peor aún que eso...

Corre hasta el fin del párrafo,
colma la página antes de que haga el pavor
que tus manos tiemblen —de perderte, enfermar, tener miedo
antes que el aire ceda, frente a lo que te apoya
aún por algún tiempo: el bello muro azul.
Por momentos se avería la campana en la atalaya ósea
y cojea hasta hendir las paredes.

Escribe no ya «al ángel de la Iglesia de Laodicea»
sino de cualquier modo, en el aire, con signos
vacilantes, inquietos, de murciélago,
¡pronto!, franquea esa distancia con tus dedos,
junta, teje deprisa, más aún, vístenos,
animales friolentos, topos sin gracia alguna,
cúbrenos de un postrer tramo dorado diurno
lo mismo que hace el sol con álamos y montes.

★

Me yergo con esfuerzo y miro:
se diría que existen tres luces.
La del cielo, aquella que de lo alto
en mí corre, se oculta
y la que, por mi mano, pone sombra en la página.

La tinta sería de la sombra.

Ese cielo que me atraviesa se sorprende.

Se diría que somos atormentados
para mejor mostrar el cielo. Pero el suplicio
lo arrastra a esas alturas y la piedad
todo lo ahoga, constelada de tantas lágrimas
como la propia noche.

De A la luz del invierno

Axíliame ahora, pues, aire fresco y oscuro, cristal
negro. Tiemblan apenas las tenues hojas
como pensamientos de niños dormidos. Cruzo
la transparente distancia y es el tiempo mismo
quien así camina por este jardín,
como tiempo en vilo sobre los tejados
de estrella en estrella, es la noche misma que transcurre.

Doy algunos pasos antes de ascender
allí donde ignoro qué es lo que me aguarda, compañía
amable o desviada, dóciles servidoras
de nuestros ensueños, o algún viejo rostro suplicante...
mientras la luz del día se retira

—como el velo

que cae y queda visible un instante rodeando
bellos pies desnudos—

descubre a la mujer de ébano

y cristal, a la imponente mujer de negra seda
a través de esos ojos extintos hace tiempo.

Sé que la luz del día descubre,
según transcurre el tiempo y yo avanzo
por el jardín regido por el tiempo,

otra cosa

—más allá de la bella sin tregua perseguida,
de la reina del baile al que nadie fuese convidado,
con sus broches dorados que ningún ropaje sujetan—
otra cosa más próxima, aunque más escondida...

Quietas sombras, maleza apenas móvil, colores,
 todos cierran los ojos. La tiniebla
 unge la tierra. Es como si la inmensa,
 pintada puerta del día girara
 sobre sus propios invisibles goznes. Y yo salgo a la noche,
 salgo, por fin, y- paso y pasa el tiempo
 también sobre mis huellas.

Ya el negro no es el muro
 sucio por el hollín del día acabado,
 lo atravieso, está el aire límpido, taciturno,
 avanzo entre las hojas aplacadas,
 puedo al fin caminar con pie ligero
 como sombra del aire

la aguja de las horas
 sobre la seda negra brilla y corre
 pero no tengo un metro entre las manos,
 nada sino el frescor, un oscuro frescor -
 donde se deposita la fragancia veloz que al día precede,
 (breve minucia, el tiempo de algunos pasos más allá,
 pero aún más extraña que dioses y hechiceros).

Una extraña se ha entrado en mis palabras,
 bello dominó de encajes, que muestra entre sus mallas
 dos perlas, varias perlas, lágrimas o miradas.
 De la mansión del sueño sin dudarle surgida
 con su veste, al pasar, me ha acariciado.
 —¿Y si esa seda fuese su piel, su cabellera?—
 y sin pensar la sigo, pues soy débil,
 viejo casi, cual se persigue un sueño,
 mas no podré alcanzarla, lo mismo que a las otras,
 en la puerta del patio o en la sala esperadas,
 mientras ha vuelto el día y hace girar su llave...

Quizá no haya debido dejarle aparecer
 dentro, en mi corazón, pero ¿estará vedado
 hacerle algo de sitio, ver de que se aproxime
 —no sabemos su nombre, mas se aspira su aroma,
 su aliento y si habla acaso, su murmullo—
 e inacercable para siempre, se aleje
 y pase, en tanto alumbran aún los farolillos de papel
 en la acacia?

Déjame, ahora que pasa, mirarla al menos otra vez,
luego me esfumaré, por ella inadvertido,
subiré esos gastados escalones
y, avivando la lámpara, reanudaré la página
con palabras, si acierto, más pobres y precisas.

★

Todo lo que aún retorna —pocas veces—
¿no es más que sueño? ¿o en el sueño
se da un reflejo que hay que conservar,
cual se abriga la llama del viento amenazante
o al que es preferible verter en libación sobre el suelo,
en el que los pasos se harán más lentos y más torpes
antes de sumergirse? (Ya se hundan).

El agua que jamás beberemos, la luz
a la que ojos tan débiles no alcanzarían a ver,
todavía no me falla el pensamiento...

Mas la copa de alba se quiebra antes de tiempo,
el universo entero es vasija de tierra
de la cual se ven ahora crecer las rajaduras
y nuestro cráneo, un cántaro de huesos
bueno para arrojarlo.

¿Y qué hay dentro para beber sino esta agua, da igual, amarga o dulce?

Mira, escucha ¿no sientes ascender de la tierra,
de más abajo aún,
algo como una luz a oleadas, como un Lázaro
herido, estupefacto por un lento batir
de alas blancas —mientras se calla todo en un instante
y es aquí donde estamos de verdad acobardados—
y no bajan, también, más allá del cielo
a su encuentro otros vuelos más blancos
—porque no atravesaron las fangosas raíces—,
y no corren ahora unos hacia los otros,
cada vez más veloces, cual si acudieran
a una cita de amor?

¡Ah!, piénsalo y sea como fuere, dilo,
di que esto puede darse,
que aún así podréis precipitaros,
pero bien resguardados, en el áspero abrigo de la noche.

Vemos

Vemos a los escolares correr entre alaridos
por la mullida hierba del prado.

Los altos, tranquilos árboles
y la luz de septiembre de las diez,
como fresca cascada,
les protegen aún del yunque enorme
que al otro lado brilla con luceros.

El alma, tan friolenta, tan huraña,
¿habrá de caminar sobre el glaciar, sin tregua,
sola, con pie descalzo, sin saber deletrear siquiera
su plegaria infantil,
castigada sin fin por su frialdad, con este frío?

¿Tantos años
y, en verdad, tan escaso saber,
desfalleciente corazón?

¿Ni el más gastado óbolo que ofrecerle al barquero
si se acerca?

Junté una provisión de agua rápida y hierba,
me mantengo ligero
a fin de que la barca se hunda menos.

Se aproxima al redondo espejo
como boca infantil
que ignora la mentira,

vestida de una bata azul
que también se desgasta.

Cabellos pronto color ceniza
bajo el lentísimo fuego del tiempo.

El sol mañanero
tonifica aún su sombra.

Detrás de la ventana con el marco pintado
(contra las moscas, contra los fantasmas)
una cabeza blanca de hombre viejo se inclina
sobre una carta o, tal vez, noticias del país.
La yedra oscura trepa sobre el muro.

Cal, yedra, resguardadlo del frío viento del alba,
de noches prolongadas y de la otra, eterna.

Alguien teje agua (con motivos arbóreos
en filigrana). Pero por más que miro
no veo a la tejedora,
ni siquiera sus manos, que quisiera palpar.

Cuando toda la estancia, el oficio, la tela
se van evaporando,
debiéramos ver pasos en tierra húmeda.

Nos hallamos aún en el capullo de la luz.

En cuanto se destruya (lentamente o de pronto)
¿habremos conseguido al menos formar plumas
cubiertas de ojos de pavo real
con el fin de arriesgarnos en esta oscuridad, en este frío?

Vemos cosas al pasar
(aunque la mano tiemble un poco
o brinque el corazón)
y otras bajo el mismo cielo:

las rutilantes calabazas del jardín
que semejan huevos de sol,
las flores color de vejez, violeta.

Si esta luz de fin de estío
no fuese más que la sombra de otra,
deslumbradora,
apenas quedaría sorprendido.

A Henry Purcell

¿Cómo es posible —escucha—
que nuestra turbia voz se mezcle así
a los astros?

Gravitar ha hecho al cielo
sobre gradas de vidrio
por medio de la gracia juvenil de su arte.

A su través oímos cruzar a las ovejas
perdidas entre el polvo del estío celeste
y de las que jamás cataremos la leche.

Él las ha conducido al nocturno redil
donde la paja brilla entre las piedras.
Se ha cerrado de nuevo esa sonora cerca,
frescor ya para siempre de esas hierbas tranquilas.

No creáis que utiliza un instrumento
de ciprés y marfil, como parece:
lo que lleva en las manos
es esta Lira
a la que Vega sirve de azul llave.

A su fulgor
no proyectamos sombra ya.

Imagina lo que pudiera ser para tu oído,
tú que estás a la escucha de la noche
una muy lenta nieve
de cristal.

Pensemos en un cometa
que tras siglos volviera
del reino de los muertos
y durante esta noche atravesara el nuestro
los mismos granos esparciendo...

Sin dudarlo, esta noche los viajeros
atravesaron la puerta postrera:

al Cisne ven centellear
muy por debajo suyo.

En tanto que yo escucho,
el reflejo de una vela
en el espejo tiembla
como llama trenzada
en el agua.

Por acaso esta voz ¿no es el eco
de otra más verdadera?
¿La atenderá quien se debate
entre las manos siempre tan lentas
del verdugo?
¿La oiré yo a mi vez?

Si hablaran, por fortuna, más allá de nosotros
entre los constelados ramajes de su abril.

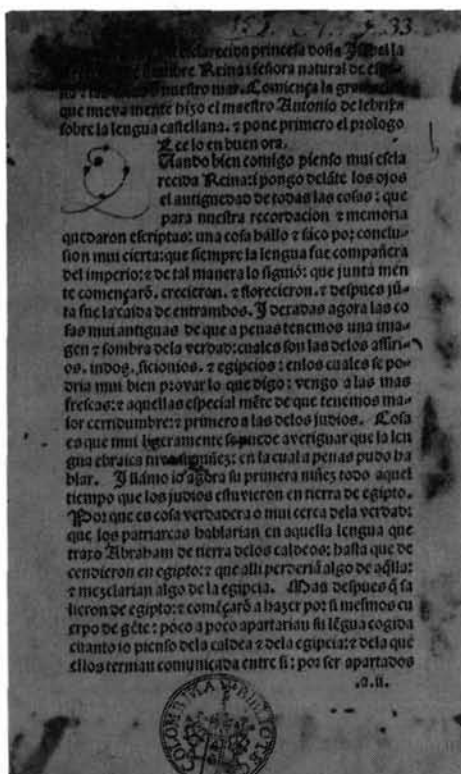
Tomas asiento
ante el bastidor alto trazado por el arpa.

- Aunque invisible, te he reconocido,
tejedor de regatos numinosos.

* Traducción de Antonio
Martínez Sarrión.

Philippe Jaccottet *

FACSIMILES



GRAMÁTICA DE NEBRIJA

Primera edición de la gramática de la lengua castellana, de Elio Antonio de Nebrija, impresa en Salamanca el 18 de agosto de 1492 y perteneciente a la Biblioteca colombina de la Catedral de Sevilla

Edita:

AGENCIA ESPAÑOLA DE COOPERACION INTERNACIONAL

Ediciones Cultura Hispánica

Avda. de los Reyes Católicos, 4. 28040 MADRID

Tel. 583 83 08